

EDITORIAL

EL DEPORTE POLITIZADO UNA VEZ MAS

Si hasta ahora podía haber alguna duda sobre los negativos efectos de una abusiva intromisión de la política —con minúsculas intencionadas— en el deporte, han bastado unos hechos sucedidos en pocas fechas para demostrarlo.

Desde estas mismas páginas hemos denunciado en varias ocasiones la enorme diferencia que para nosotros supone hablar de política deportiva y de deporte politizado. Rechazable por descontado lo segundo y plausible lo primero, siempre que suponga identificar, planificar y racionalizar una actividad de plena y demostrada personalidad y que en absoluto ha predicado jamás la esclavitud a intereses de grupo, la desunión o la intriga, sino que por el contrario, ha convertido en símbolo de su propia razón de existencia el respeto a la libertad, la unión entre los hombres de todos los credos y todas las razas y el agonismo dentro de unos inviolables cánones de "juego limpio" (expresión que encierra un valioso contenido no siempre bien interpretado).

Hemos querido intencionadamente dejar transcurrir un cierto tiempo entre el acontecer de los hechos a los que hacemos alusión en un principio, y el momento de escribir este editorial, sobre todo para evitar el juzgarlos con la misma pasión con que se sucedieron.

La reacción política de un gran número de países ante determinados sucesos ocurridos en nuestra Patria (de exclusiva competencia interna de otra parte, pero que en último término no son identificables con el tema que nos ocupa y por tanto no suponen objeto de justificación o repulsa), desbordó su ámbito de competencia confundiendo una vez más los intereses ideológicos de grupo, siempre y afortunadamente temporales, con los de una actividad humana que no sabe de geografías ni de banderas (aunque lamentablemente se vea comprometida en ocasiones a caminar por sendas paralelas) y cuyas bases educacionales e incluso de enfrentamiento competitivo no tienen nada que ver con el tradicional "maquiavelismo" de los distintos regímenes políticos, sea cual sea su signo.

A la grosera actitud de Hitler en los Juegos Olímpicos de Berlín, absurdo "forfait" de algunos países en la Olimpiada de Melbourne, a la expulsión de Rodesia o al sangriento atentado contra la delegación israelí en Munich, a la negativa de Rusia a jugar en Chile su eliminatoria del Campeonato del Mundo —como retazos de un variado y odioso muestrario— se ha venido a sumar todo un rosario de actitudes de boicot contra el deporte español en absoluto justificables por muy fuertes que fueran las razones políticas que las provocaron.

Estamos plenamente convencidos que dentro de los ambientes deportivos de todos los países involucrados en el "affaire" las medidas adoptadas han provocado cuando menos el desprecio más absoluto, sino la indignación más enérgica contra la intromisión de las autoridades políticas en áreas de competencia que nunca debieron haber sido suyas. Afirmamos esto, con plena responsabilidad en unos indeclinables principios, porque también éste fue nuestro criterio cuando desde dentro de nuestras fronteras en otros tiempos y en situaciones parecidas, se adoptaron medidas similares.

Es posible que cuando este número se halle en manos de nuestros lectores con las aguas vueltas a sus cauces, el texto haya perdido actualidad como documento de una realidad histórica de presente, pero mucho nos tememos que el futuro nos brinde nuevas ocasiones para volver a empuñar la pluma en un infértil, pero inevitable, predicar en el desierto.

J. G.